

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Obama



Durante varios días de la semana que hoy termina con un empate fronterizo infame entre los sorprendentes Pumas y los lastimeros Indios de Ciudad Juárez, me he dedicado a observar con tenacidad de entomólogo a mis compatriotas. El objeto de esta pesquisa era intentar tomarle el pulso a la sociedad mexicana con respecto a la fugaz visita que nos hizo Obama, actual Presidente de los Estados Unidos.

Muchos de nosotros, los que ya hemos vivido lo suficiente, estamos curados de espanto con esto de la visita de los Emperadores. En mi caso, tengo pirograbadas en mi alma las visitas de Harry S. Truman que tenía un insoponible aire de tío regañón, hipócrita y fresa que resultaba intolerable para mis ojos infantiles. La otra muesca en mi pistola la hizo el también insufrible George W. Bush. Cuando la televisión me mostró aquellas regocijantes escenas del periodista que, de pura rabia y aburrimiento, se sacó los zapatos y los arrojó contra la odiosa figura de Bush, sentí una dicha inmensa. La única parte penosa de todo este lance fue la condición antibeisbolística que manifestó el fallido lanzador de zapatos: no tenía brazo; no tenía ni

idea de lo que es mandar una receta a 90 millas por hora, ni de pasar la bola, en este caso el zapato, por la zona de strike. ¡No le dio!, dos zapatazos y nunca pudo centrarse al maligno babas de origen tejano. Luego el periodista fue detenido (dicen que ya se disponía a arrojarle los calzones) juzgado y sentenciado. ¡Bien hecho!; yo también lo hubiera condenado por baboso, por no practicar, por tirar a lo güey. Y es que entre el Bushito y yo había algo personal. Comencé a odiarlo desde aquella visita que le hicieron a los Fox al comienzo del mandato del gran Chente. George vino en el plan más mamón del mundo y durante toda una jornada tuvimos que soportar sus peladeces y su aberrante sentido del humor. Ahí se sembró la primera semilla de un árbol de odio que yo cuidé con mucho miramiento y que llegó a crecer tan poderoso y robusto que era una gloria verlo. Obama vino a ponerle término a esa pesadilla que, en el fondo, avergonzaba a todos los norteamericanos, con la excepción de los amigos de Bush que tenían con él los negocios bélicos.

“Obama puede tener las mejores intenciones del mundo, pero los intereses de todos los poderosos de su país y del mundo van a frustrar estas buenas intenciones”. Así suelen expresarse mis compatriotas cuando se les pide una opinión sobre Obama. Estas almas suspicaces olvidan quizá que cuando Obama se presentó a con-

tender por la Presidencia de Estados Unidos, los intereses de los poderosos ya estaban ahí y no se veían muy dispuestos a permitir el triunfo de un negro que, además, tenía ciertas veleidades izquierdistas. Sin embargo, Obama ganó y ganó de calle a Mc Cain que es un gordito capitalista y feliz que quizá se confió demasiado después de su larga charla con La Morenita del Tepeyac.

Con Obama triunfaron muchas cosas muy importantes: la recuperación de la esperanza, la jubilación de tanto político solemne y mamón, la aparición del líder social y ciudadano que inviste de nuevo a la prostituida política con su nobleza original. Pienso que Obama no es un chiste. Es una figura de dimensiones históricas que de parte alegremente con Raúl Castro y con esa piñata de solemnidad que es Hugo Chávez. Obama es cosa muy seria.

Aquella apasionada esperanza que sentí cuando la juventud llegó a mi vida, ahora la vuelvo a sentir con este inasible negrito que, muy probablemente y con nuestra ayuda, cambiará al mundo. Eso creo.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXXXII (1532)

¿Qué tal les habrá caído la cena a los gorriones del PRI?. Espero que muy mal ¡para que se eduquen!

Cualquier correspondencia con esta columna multiétnica, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

